

JUAN JOSÉ
TAMAYO ACOSTA



Nace en Amusco (Palencia) el 7 de octubre de 1946. A los 10 años ingresa en el Seminario de Palencia y posteriormente en el de Carrión de los Condes hasta los 24. Continúa sus estudios en Madrid y entra en contacto con la Teología de la Liberación de América Latina, que por entonces empezaba, y con la Teología Política alemana.

Licenciado en Teología por la Universidad Pontificia de Comillas en 1971. Diplomado en Ciencias Sociales por el Instituto León XIII en 1972. Doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca en 1976. Licenciado en 1983 y Doctor en 1990 en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido profesor en diversas instituciones de España y América. Dirige actualmente la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones de la Universidad Carlos III de Madrid.

Es fundador y actual Secretario General de la Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII. Miembro de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones. Colabora en numerosas revistas latinoamericanas y europeas con estudios e investigaciones sobre Filosofía de la Religión, Teología Política y de la Liberación, Religiones y Derechos Humanos, Diálogo Interreligioso e Intercultural.

Autor de numerosos artículos y libros, entre otros: "Para comprender la Teología de la Liberación", "Conceptos fundamentales del cristianismo", "Para comprender la crisis de Dios hoy", "Fundamentalismos y diálogo entre religiones", "Nuevo diccionario de Teología", "Islam. Cultura, religión y política", "Diálogo interreligioso ante los desafíos del S.XXI", "En la frontera: cristianismo y laicidad", etc.

¿JESÚS anunció el reino de Dios y vino la IGLESIA?

¿Puede apelar razonablemente la Iglesia cristiana a Jesús de Nazaret? ¿Podemos afirmar que la Iglesia está fundada en el Evangelio? ¿Existe continuidad entre Jesús de Nazaret y la Iglesia o, mejor, las iglesias cristianas? O, más directamente: ¿Fundó Jesús la Iglesia? Éstas o similares preguntas se hizo el teólogo modernista Alfred Loisy (1857-1940) a principios del siglo XX en su emblemática obra *L'Église et l'Évangile* para responder de esta guisa: "Jesús predicó el reino de Dios y vino la Iglesia". Algunas de las afirmaciones del libro, sacadas de contexto, fueron condenadas por san Pío X, que colocó más de 150 obras en el tristemente célebre Índice de Libros Prohibidos, entre ellas la de Loisy. ¡Loisy excomulgado y Pío X canonizado! Ironías de la historia.

La afirmación del exegeta francés tiene un innegable fondo de verdad, que hay que tomarse en serio, y que ha sido ratificada por las recientes investigaciones sobre el Jesús histórico y los estudios de sociología, historia social y antropología cultural del movimiento de Jesús y del cristianismo primitivo. En parecidos términos se expresaba medio siglo después el exegeta católico Rudolf Schnackeburg, nada sospechoso de herejía, en *La Iglesia en el Nuevo Testamento*, muy valorada por la exégesis oficial de la época: "No la Iglesia, sino el Reino (de Dios) constituye la última intención del plano divino". Benedicto XVI se refiere elogiosamente a Schnackeburg y se apoya en él en su cristología *Jesús de Nazaret* (2007).

Los datos exegeticos y los hechos históricos no permiten responder con un *sí* o un *no* lacónicos a las preguntas del comienzo, sino que demandan una respuesta dialéctica: entre Jesús de Nazaret y la Iglesia cristiana hay discontinuidad, pero también continuidad. No podemos caer en el fatalismo y el catastrofismo, viendo en el horizonte eclesial sólo los nubarrones y ocultando los momentos de gracia y de liberación, como tampoco podemos ubicarnos en un idealismo tan subido de tono que nos lleve a pensar o



creer que en la historia del cristianismo todo ha sido vida y dulzura, desconociendo los momentos escandalosamente antievangélicos: Inquisición, guerras de religiones, quema de brujas, ejecuciones de herejes, trata de esclavos, encomiendas, conquistas y colonizaciones violentas, persecución de otras religiones, anatemas y excomuniones, discriminación de las mujeres, persecución de los judíos, etc. Trigo y cizaña han crecido juntos, aunque no siempre por igual. La mayoría de las veces, la cizaña ha crecido más que el trigo.

El primer argumento a favor de la discontinuidad nos viene de la terminología del Nuevo Testamento. La palabra *ekklesía* (Iglesia) no aparece más que dos veces en los evangelios, las dos en el de Mateo y ambas en textos muy discutidos: Mt 16,18; 18,1. Se cree que son textos interpolados. Sin embargo, la expresión “reino de Dios (o “reino de los cielos”) se encuentra en los Evangelios Sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) en torno a cien veces y apenas vuelve a utilizarse en el resto de los escritos del Nuevo Testamento. Sucede, además, que Lucas nunca utiliza *ekklesía* en el Evangelio que lleva su nombre y, sí la emplea en Hechos de los Apóstoles, al tiempo que las cartas paulinas la utilizan 46 veces.

Lo que pone en marcha Jesús no es una organización cultural al servicio de la religión oficial y del sistema político, sino un movimiento igualitario de hombres y mujeres bajo el signo del acompañamiento, el seguimiento y el anuncio de la utopía del reino de Dios que no admite discriminaciones por razones de etnia, cultura, género, religión, clase social, procedencia geográfica, etc.

El hecho de que apenas aparezca en los Evangelios no se debe a que no fuera usada cuando se redactaron, sino a que no parece que la empleara el Jesús histórico. Teólogos y exegetas de las más diferentes tendencias ideológicas coinciden en que la cercanía del reino de Dios, y no la Iglesia constituye el mensaje central, “el asunto de Jesús”, en palabras de Walter Kasper, teólogo alemán y cardenal.



El anuncio del reino de Dios tiene carácter inconformista, utópico y desestabilizador. En una palabra, *subversivo* de todo orden establecido de su tiempo: del

Imperio romano y de la religión judía, de los líderes políticos y de las autoridades religiosas. Lo expresaba Albert Schweitzer con rigor y lenguaje vivo en un texto antológico que escribiera a principios del siglo XX y que sigue conservando la frescura y radicalidad de entonces:

“Todo está tranquilo y sigue su curso normal. De improviso, aparece el Bautista anunciando: ¡Haced penitencia! ¡El reino de Dios se está aproximando! Al poco tiempo, llega Jesús, el anunciado hijo del hombre, perfectamente consciente de su misión, toma en sus manos la rueda del mundo, la pone en movimiento e intenta darle un último giro para orientar la historia rumbo al fin del mundo. La rueda se resiste, y él queda aprisionado entre sus radios. Un movimiento más de retroceso acaba por dejarlo triturado. Venía anunciando la escatología y no ha hecho sino destruirla. La rueda del mundo sigue dando vueltas llevando todavía prendidos en sus radios los jirones del único hombre que hubiera podido ser capaz de constituirse en rector espiritual de la humanidad y de dominar la historia”.

Quizá exageraba Schweitzer al considerar a Jesús de Nazaret el único hombre que hubiera podido constituirse en guía espiritual de la humanidad. Hubo otros muchos antes y después que lo intentaron con la misma convicción y empeño moral que él: Zoroastro, los profetas de Israel, Buddha, Jina, Confucio, Laotsé, Sócrates, Muhammad, etc. Pero, ciertamente, la huella del Profeta de Nazaret en la historia es imborrable. Bien es verdad que sus seguidores no fueron sus mejores mensajeros e intérpretes como tampoco los mejores testigos de esperanza.

Termino esta reflexión con una referencia a la relación de la Iglesia con el Espíritu y el reino de Dios. En la mejor tradición del Nuevo Testamento y la más herencia mística del cristianismo, Iglesia, Espíritu y reino de Dios no conforman una unidad indiferen-

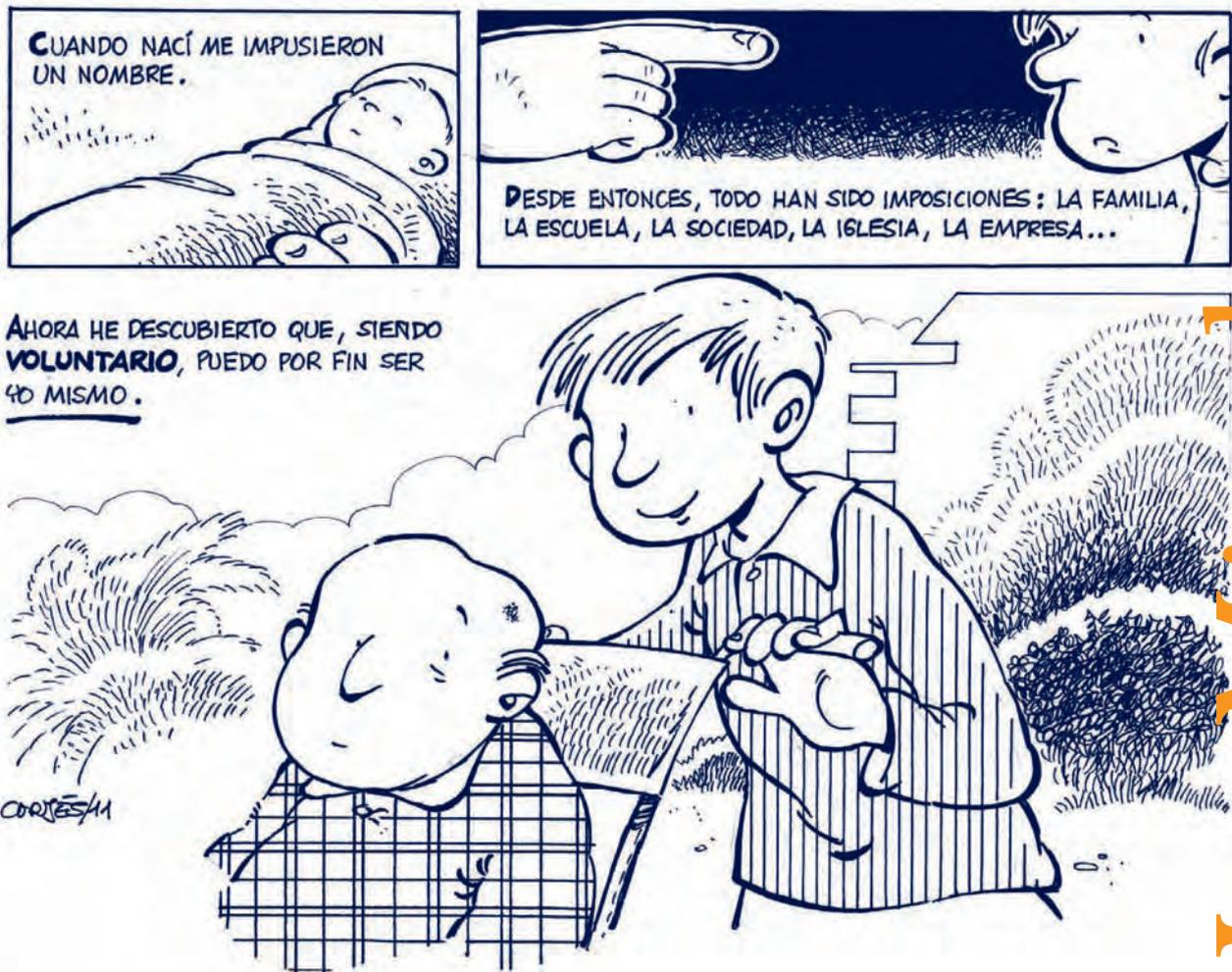
ciada, ni pueden situarse al mismo nivel. Entre ellos hay ciertamente una relación no simétrica. No podemos divinizar a la Iglesia, hasta el punto de ubicarla en el mismo plano que el Reino de Dios, y menos aún identificar a la Iglesia con el papado y la jerarquía. Sí ha hecho la eclesiología tradicional, incurriendo en una de las más graves patologías teológicas. La Iglesia se sitúa en el horizonte del reino de Dios, pero no se identifica con él. Está a su servicio. Las prácticas eclesiales son realizaciones parciales del reino de Dios en la historia, pero con frecuencia se han convertido en graves desviaciones del reino de Dios entendido en su sentido originario, es decir, como utopía de justicia, paz, solidaridad, sororidad y como sociedad alternativa. A decir verdad, muchos han sido los momentos en los que la Iglesia histórica ha caminado con frecuencia en dirección contraria a la historia humana.

¿Qué decir de la relación entre la Iglesia y el Espíritu? Ciertamente, la Iglesia es Iglesia del Espíritu,

pero no puede apropiarse de él como si fuera de su exclusiva propiedad, ni encerrarlo en los estrechos límites de la institución eclesiástica. El Espíritu necesita espacios de libertad para actuar y la institución eclesiástica con frecuencia sofoca la libertad de sus miembros e incluso del Espíritu. La absolutización de la institución eclesiástica y su identificación con el Reino son herejías y perversiones del movimiento de Jesús. La Iglesia es mediación, sólo mediación —muchas veces, poco ejemplar— para el acceso a Dios, y está al servicio del Reino, un Reino que nada tiene que ver con las teocracias de este mundo, sino que remite a los valores del Reino recogidos en las Bienaventuranzas, la carta fundacional del cristianismo. El peligro que acecha siempre a la Iglesia es idolatrarse a sí misma. El mejor antídoto para no caer en él es ubicarse en el lugar de los pobres, asumir su causa y trabajar por su liberación.

Mundo

LA MIRADA DE JOSÉ LUIS CORTÉS



La Mirada de